

BASES PARA UN ESTUDIO SOCIOECONÓMICO DE LAS AGLOMERACIONES PRODUCTIVAS EN EL MUNDO ROMANO. ELEMENTOS PARA UNA APROXIMACIÓN A DICHO FENÓMENO EN EL ALTO GUADALQUIVIR (SIGLOS I-II D.C.)

Fundamentals of a socioeconomic study of the urban productive agglomerations in the Roman world. Elements for an approach to the aforementioned phenomenon in the Upper Guadalquivir (1st and 2nd centuries AD)

PABLO RUIZ-MONTES *

RESUMEN Consideramos algunas de las bases sobre las que debe reposar el análisis de los fenómenos productivos en época romana, en concreto el de la producción de vajillas cerámicas (economía, comercio, urbanismo...). Al mismo tiempo pretendemos establecer algunos aspectos significativos para abordar un estudio de estas características en el Alto Guadalquivir, ejemplificado en el caso del complejo alfarero suburbano de Los Villares de Andújar (Jaén).

Palabras clave: Cerámicas, Producción, Comercio, *Suburbium*, Los Villares de Andújar-*Isturgi*, Alto Guadalquivir.

ABSTRACT This paper considers some of the fundamentals on which the analysis of productive phenomena from the Roman times is based, specifically, the production of ceramic vessels (economy, trade, town planning...). Simultaneously, this paper is intended to establish some significant aspects in order to carry out a study of such characteristics in the Upper Guadalquivir, thanks to the case of the suburban pottery site in Los Villares in Andujar (Jaén).

Key words: Pottery, Production, Trade, *Suburbium*, Los Villares de Andújar-*Isturgi*, Upper Guadalquivir.

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada. prmontes@ugr.es

La redacción del presente trabajo ha contado con el soporte del proyecto “Ex officina Meridionali: Tecnología, producción, difusión y comercialización de cerámicas finas de origen bético en el sur peninsular durante el Alto Imperio” (HAR2010-17507), enmarcado dentro del Plan Nacional de Proyectos I+D 2010 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Fecha de recepción: 05-09-2011. Fecha de aceptación: 21-06-2012.

INTRODUCCIÓN

El estudio de los fenómenos productivos en general, y en el mundo romano en particular, entendemos que debe realizarse, primero, desde la asunción más o menos explícita de una serie de presupuestos necesarios para dotar al discurso de un mínimo grado de coherencia teórico-metodológica; ello implica un posicionamiento evidente del investigador con respecto a cuestiones capitales para la comprensión del Mundo Antiguo y de los parámetros socioeconómicos en torno a los cuales se desarrolló.

En segundo lugar, este tipo de aproximación requiere, respecto a los casos particulares, un profundo conocimiento previo de las distintas realidades referidas al área donde se insertan dichos casos de estudio; dominar las realidades geográfica e histórico-arqueológica, son necesarias para una correcta caracterización de la arqueología de la producción en la zona y diferenciarla, por oposición, con otros desarrollos productivos en regiones adyacentes; pero también lo es para experimentar y delimitar las distintas problemáticas arqueológicas en el ámbito en cuestión cuyo denominador común son la producción y circulación de cerámicas finas.

En consecuencia, y como veremos a continuación, creemos conveniente dejar entrever cual es la concepción propia sobre la naturaleza de la economía romana, los tipos de comercio vinculados a esta, definir lo que entendemos como artesanal por un lado, e industrial por otro, cuales debieron ser los mecanismos de intercambio y comercio empleados en dicha economía para la distribución de bienes, etc. Son, en definitiva, aquellos aspectos generales ineludibles para todo aquel trabajo que pretenda profundizar en este campo.

Después avanzaremos en la contextualización de un caso particular, el del Alto Guadalquivir, especialmente significado en el asentamiento y aglomeración productiva de Los Villares de Andújar (Jaén). En este sentido, ahora nos limitaremos a esbozar y establecer problemáticas concretas que le afectan de manera determinante; algo, en fin, necesario para ponderar el potencial y la capacidad que su correcto análisis pueda ejercer a la hora de enriquecer el conocimiento acerca de procesos históricos de calado global como el de la “romanización” en regiones periféricas del Imperio como lo fue el Alto Guadalquivir.

ASPECTOS GENERALES

Sobre la naturaleza de la economía romana y la aplicación de un modelo: artesanal vs industrial

El debate sobre el carácter artesanal o industrial de la producción y comercialización de las vajillas cerámicas confeccionadas en los grandes centros productores de sigillatas, se encuentra directamente relacionado con aquel que se desarrolla en los últimos años en torno a la propia naturaleza de la economía romana.

Actualmente parece superada la cruda bipolarización de los historiadores de la economía romana que existió durante años¹ entre, por un lado, los “modernistas” que, inspirados por M. Rostovtzeff (1957), defendían el carácter *quasi*-industrial y de comercio a larga distancia de la economía romana, y, por otro, los “primitivistas” de M. Finley (1973) y la Escuela de Cambridge que hacían apología de una economía romana esencialmente rural y autárquica marcada por el inmovilismo tecnológico y un sistema de producción esclavista. Muchos últimamente han manifestado lo inapropiado de ambas vías de acercamiento.

Mientras los postulados “modernistas” son unánimemente rechazados a día de hoy, el modelo finleyano aún encuentra seguidores, a la par que sigue, del mismo modo, suscitando opiniones contrarias y críticas más o menos moderadas en el marco de las recientes corrientes de estudio de la economía del mundo romano. Y lo hace en torno a varios puntos que resumen el ideario “primitivista” (Polfer, 2001:8):

- Consumo limitado en cantidad y a productos de lujo dirigidos a un público restringido capaz de pagarlos.
- Inadecuación de las infraestructuras y de los medios de transporte.
- Circulación deficiente de una masa monetaria escasa.
- Unas élites ajenas a cualquier tipo de empresa diversa a la de la agricultura y alejadas de consideraciones de racionalidad económica (tecnología y producción).
- La insuficiencia de un marco institucional y jurídico en materia de créditos y acumulación de capitales que favorezcan las actividades comerciales.
- Artesanos y comerciantes “disfrutan” de un status social bajo en tanto que su producción se dirige al abastecimiento local.

Día a día, los datos arqueológicos —sin contar con los de carácter filológico, iconográfico o epigráfico— muestran cada vez más claramente el carácter dinámico de una economía, sobre todo aquella de época imperial, que había sido tildada de inmovilista. Se descubre, al contrario de lo manifestado en los anteriores puntos, un cuadro económico en el que el comercio a media o larga distancia y la producción de manufacturas destinadas a los mercados supraregionales desempeñan un papel más importante que aquel que les otorgaba el modelo de M. Finley (Polfer, 2001:10). En el marco de las corrientes actuales, por tanto, formas de intercambio de mercado (Polanyi, 1994:109-118) que proveen de determinados productos zonas donde estos escasean —en cohabitación lógica con otras redistributivas—, la ciudad “productora” —junto con la “consumidora” de W. Sombart, M. Weber y Finley— (Bruhns, 1985), otras modalidades de aprovisionamiento y acumulación de capitales además de la propia moneda, la flexibilidad del sistema crediticio romano o la integración decidida de las élites en actividades productivas y comerciales como una segunda vía de negocio —si bien de

1. Controversia que debe encontrar su origen en las visiones opuestas de dos estudiosos alemanes a finales del siglo XIX; Karl Bücher y Ernst Meyer van a inspirar las lecturas “primitivistas” y “modernistas”, respectivamente.

profundo calado en la estructura económica—, cobran especial valor como caracterizadores de la realidad económica del Imperio romano (Harris, 1993).

Esta realidad económica más compleja donde tienen cabida la búsqueda de beneficios, la orientación de las actividades hacia mercados de mayor alcance que los simplemente regionales, la inversión en infraestructuras productivas en busca de una producción en masa, etc., puede llevarnos a valorar favorablemente la aplicación de nuevos modelos que, en su base, en lugar de profundizar en las disimilitudes que separan la economía de la Antigüedad de aquellas de la Edad Media y Moderna —como gustaba a la línea finleyana—, se apuesta por lo contrario, por subrayar los similitudes y puntos de convergencia con las sociedades preindustriales occidentales, tanto por los comportamientos económicos como por la propia estructura económica de la época (Polfer, 2001:10). En esta línea, la propuesta de K. Dark (2001), evitando desestimar la importancia de la agricultura como base ulterior de la vida económica del Imperio romano y el papel desempeñado por los talleres de menor escala, explora la posibilidad de que la producción a gran escala de manufacturas en tal época pueda ser clasificada como “proto-industrial”, si bien nunca como “industrial”.

Por tanto, una economía proto-industrial² queda definida y caracterizada del siguiente modo (*ibid.*, 21):

- Una economía de mercado monetizada en gran medida y dotada de un eficiente sistema de comunicaciones que permita el acceso a mercados más amplios.
- Regiones donde grupos de artesanos dirijan su producción no sólo al abastecimiento regional, sino también supraregional de los mercados.
- Que dichos productos sean facilitados y redistribuidos a partir de centros urbanos a los distintos mercados.
- El uso de tecnologías tradicionales ya usadas en los talleres artesanos de la zona con anterioridad al proceso de protoindustrialización, sin la aparición de otras más novedosas.
- La evidencia de un determinado grado de organización productiva que permita una estandarización de la producción.

De estos puntos se deriva, a su vez, un modo de producción a medio camino entre el artesanal y el industrial, con unas características que podríamos resumir en varios puntos que consideramos esenciales:

- Producción de calidad variable —aunque puede degenerar en el tiempo— y de amplia y planificada difusión por los mercados supraregionales.
- Gran volumen de producción fruto de una estructura organizativa más compleja y coordinada.
- Fuerte tendencia a la estandarización de las formas de los vasos como caracteriza a una producción en masa.

2. Para que una economía sea considerada como tal, la forma organizativa protoindustrial no necesita ser identificada en todas las partes de la economía.

- Formas organizativas de la producción tendentes a la especialización de los artesanos/operarios/esclavos³ en las distintas fases del ciclo productivo.
- Uso mayoritario de tecnologías tradicionales, aunque sobre estas mismas puedan tener lugar determinados reajustes técnicos, que en ningún caso implique la aparición de una nueva tecnología.
- Tendencia a la creación de aglomeraciones productivas más o menos dispersas en un territorio.

Esto contrasta, en el otro extremo, con una producción de tipo “artesanal” que J.-P. Morel (1981:83-85) puso en relación con los talleres productores de barnices negros anteriores a la Segunda Guerra Púnica (siglos IV-III a.C.), y que se puede resumir en los siguientes puntos:

- Producción que presenta una buena calidad y acabados pero de difusión reducida destinada inicialmente a los mercados regionales.
- El volumen de producción es más bien reducido, lejos de la producción en masa que caracterizará a los talleres de cerámicas finas posteriores.
- Escasa tendencia a la estandarización de las formas de los vasos que, en consecuencia, presentan una gran variabilidad formal.
- Empleo de mano de obra de condición libre —e incluso de tipo familiar— (Principal, 1998:157) en una estructura organizativa poco desarrollada.
- Inmovilismo tecnológico fruto de una débil inversión en el desarrollo de los medios y herramientas de producción.

Con posterioridad, este modelo experimenta un desarrollo, evolución y concretización hacia las características definitorias de la producción de tipo proto-industrial que consideramos propia de la época imperial, y que tiene lugar de la mano de la progresiva consolidación de la productividad entendida como la lógica económica predominante. Asistiremos en ese tiempo a la introducción en el proceso productivo de una mano de obra escasamente cualificada —en gran parte esclavos—, a la reducción de los repertorios formales cada vez más estandarizados, al desarrollo de las exportaciones a mercados alejados de los límites regionales... (Adroher, 1991:11). No obstante, hay que recordar que nos estamos refiriendo siempre a los grandes talleres origen de las diferentes vajillas cerámicas por excelencia en el “mundo romano” desde fines del siglo IV a.C. hasta época imperial. Ni muchos menos, si entendemos la producción de cerámicas de un modo integral en el contexto romano, hemos de considerar un proceso indefectiblemente unilineal, universal y progresivo. En nuestro caso, parece entreverse que éste no tuvo lugar como tal. O lo que es lo mismo, al Alto Guadalquivir Roma exportará un modo de producir —matizado posteriormente “en destino”— en gran medida ajeno y

3. Como sociedad, en cualquier caso, preindustrial, el mundo romano seguirá operando con modos de producción artesanales junto a aquellas formas productivas protoindustriales que, a pesar de ello, y en la mayoría de ocasiones contarán con artesanos, operarios —individuos libres asalariados— y, por su puesto, esclavos, cuyo trabajo en época plena imperial parece haber sido más importante de lo que hasta el ahora se ha manejado para tal momento (Harris, 1980).

desconocido para las comunidades locales, que en la práctica supondrá un neto salto con respecto a una producción de tipo artesanal propia del sustrato productivo local.

¿Comercio administrativo o comercio de mercado?

Ya desde el inicio de este trabajo hemos pretendido hacer explícita nuestra postura acerca de la consideración y caracterización de la economía romana durante el Alto Imperio con el objetivo inicial de establecer los términos en los cuales, a nuestro entender, se desarrolló la producción y comercialización de cerámicas durante ese período. En este sentido, compartíamos las reflexiones realizadas desde el ámbito de los historiadores de la economía romana que, en resumen, contemplan una estructura económica romana, en concreto aquella de época altoimperial, alejada tanto de las simplificaciones primitivistas de Finley como de la modernidad *quasi*-industrial de Rostovtzeff, alcanzando teorizaciones moderadas. Intentando mantener una línea de coherencia clara, a continuación nos referiremos de un modo particular al punto más significativo del análisis económico en la Antigüedad: el comercio.

¿Qué entendemos por comercio? Como se ha dicho (Principal, 1998:172), hemos de considerar, en primer lugar, que en la base del acto comercial se encuentra el intercambio, término usado en general para designar cualquier proceso por el cual los bienes se desplazan de manos a cambio de un beneficio de carácter bilateral. Esta bilateralidad es la que cualifica el comercio sobre otras formas de adquisición de bienes tales como la caza, el pillaje o el saqueo; por consiguiente, el comercio puede definirse como el sistema de intercambio —ya que requiere para su funcionamiento institucional de un conjunto de elementos como son el personal, las mercancías, el transporte y la bilateralidad, ordenados y relacionados entre sí— por el cual se adquieren y transportan bienes inexistentes en un lugar donde, a su vez, se ha generado dicha necesidad (*Ibid.*; Polanyi, 2009:157, 161).

Pero no todas las formas de intercambio en la Antigüedad se constituyen e integran del mismo modo, por lo que, a día de hoy, se acepta ampliamente tres modalidades directamente inspiradas por los planteamientos de K. Polanyi (1957): reciprocidad, redistribución e intercambio. Estas, aunque subordinadas a una dominante, pueden darse al mismo tiempo; o desaparecer alguna para reaparecer posteriormente tras un *hiatus*.

Así, la reciprocidad consiste en el movimiento de bienes entre individuos en el seno de un grupo articulado según relaciones de simetría entre sus componentes (sociedades tribales). En estos desplazamientos materiales de bienes se hace expreso el peso de lo social y lo simbólico por encima de la vertiente material de la transacción.

Distinto es el caso de los intercambios regidos por la redistribución, que precisan de la centralización del proceso y del movimiento de los bienes hacia un centro que a continuación sanciona mediante la costumbre y la ley, la redistribución de los mismos de nuevo hacia el exterior. Aquí, la organización central condiciona, en último término, política y económicamente el flujo de bienes. Además, el mismo mecanismo de integración significado en la expresión “recoger y redistribuir a partir de un centro” es aplicable, según señala Polanyi (2009:103-105), a otros grupos más reducidos que no se corresponden con el conjunto de la sociedad, entre ellos la *familia* romana.

El intercambio en sí —que, como hemos dicho hace mención al flujo de bienes que cambian de manos implicando un beneficio para ambas partes, sea en otros bienes o en servicios inmateriales— puede llevar aparejado el mercado. Pero el mercado en dos acepciones concretas que harán referencia, primero, a la localización periódica o fija donde a precios normalizados se acude en busca de productos frescos o de primera necesidad; y segundo, entendiendo mercado como el mecanismo de oferta-demanda-precio que regula los intercambios y la relación equivalencia-precio en un contexto que, a su vez, puede ser de carácter físico o conceptual.

Concretando, para Polanyi (1957:262-263) el tipo de comercio predominante en la Antigüedad no entendía de mecanismos internos de regulación, por lo que se encontraba intervenido activamente por normas y acuerdos previamente establecidos y de los que resultaban equivalencias-precio fijas; este es el designado como “comercio administrativo”, en oposición al “comercio de mercado” determinado, no ya por las necesidades de un producto concreto en una zona dada —como hemos señalado para la definición inicial de comercio—, sino por las diferencias de precios entre esos productos. No se nos debe escapar que para el funcionamiento de esta última variante del comercio es esencial la fluctuación de precios que tiene lugar en el escenario típico de un mercado autorregulado.

La expresión material de ese comercio administrativo, normativo, de equivalencias-precio fijas y mercados no formadores de precios, es el designado como “puerto de comercio”, pensado como el lugar que ofrecerá las infraestructuras necesarias para la importación y exportación de bienes (*ibid.*, 263). Algunos autores han recogido estas formulaciones con entusiasmo pero otros han puesto en cuestión los propios fundamentos del modelo generado por Polanyi, atacando la presunta incapacidad de estos mercados para autorregularse y formar precios por sí mismos mediante la llegada de productos, lo cual invalidaría el carácter administrativo de la actividad. Sí es evidente, como ha hecho notar J. Principal (1998:173), que los términos de la “equivalencia-precio” y la intensidad de la demanda correspondiente a un bien determinado variarían de un lugar a otro, siendo el comerciante más eficiente desde el punto de vista lucrativo (mercader) quien dominase y recogiese un mejor conocimiento del mayor número de equivalencias practicadas por las múltiples estaciones comerciales.

Sea como fuere, la preponderancia del comercio administrativo no es incompatible en ningún caso con la aparición de verdaderos mercados autorregulados, los cuales también analiza Polanyi (2009:363-380) a propósito de la creación de un mercado de grano a gran escala en el Mediterráneo oriental a cargo del gobernante Cleómenes de Naucratis, a fines del siglo IV d.C. Significativamente, en el entramado organizativo comercial ideado por éste, el desvío de la oferta de un lugar a otro se realizó en función de la racionalidad que demandaba la oscilación y la diferencia de los precios entre uno u otro punto. Si bien matiza que esos desplazamientos fueron el resultado, en definitiva, de decisiones administrativas (comercio administrado) ajenas a cualquier tipo de iniciativa privada empresarial en busca de sustanciosos beneficios. ¿Nos encontramos, en cualquier caso, ante una verdadera economía de mercado? parece que así es pero, ¿resulta aplicable esta expresión en último término a una realidad pasada que no entendía de conceptualizaciones presentes?

Independientemente de apellidos, podemos admitir, sin riesgo a equivocarnos, que el marco económico en el que se insiere el comercio de cerámicas finas e *instrumentum domesticum* durante el siglo I d.C. en el Imperio romano, no debió desarrollarse en términos muy distantes a los de una economía dual (Chic, 2006:958) en la que cohabitasen elementos y mecanismos racionales de mercado (autorregulación, iniciativa privada, comercio a larga distancia...) con importantes manifestaciones de reciprocidad y redistribución (autoabastecimiento, *annona*, evergetismo...); en todas ellas parece detectarse un peso específico del mercado y de la moneda (Márquez y Molina, 2001: 7-59). En ese contexto, resultado del desarrollo del gran expansionismo romano de época republicana en el Mediterráneo (ss. III-I a.C.), seguía sin ser posible adivinar una división clara entre lo que hoy entendemos por “economía” y la propia esfera de la política, como sí se observa en la actualidad (Carandini, 1980:13).

En todo caso, y en una tesitura así, parece complicado encajar los signos de prosperidad experimentados a partir de entonces en sectores tales como el artesanal —definitivos para el desarrollo del comercio— alrededor de los tipos-ideales que Finley y, sobre todo, sus discípulos propusieron (Márquez y Molina, 2001:16); además, ante algunos de estos signos inferidos a través de la Arqueología el propio M. Finley siempre se mostró escéptico (Saller, 2002:256).

Al fin y al cabo, el matiz a la caracterización del comercio de mercado y el desarrollo experimentado por este en el rigor mercantil del Alto Imperio viene impuesto por el grado de integración de esos mismos mercados a lo largo y ancho del Imperio. Y en este sentido, coincidiendo con el propio Finley, se hace difícil pensar en diversos mercados, sí interconectados, pero no lo suficientemente integrados como para ser analizados como una única unidad de oferta y demanda (*ibid.*, 254).

Procedimientos de distribución, intercambio y adquisición de vajillas en el Mundo Antiguo

Como esquema de referencia útil, en las sociedades preindustriales actuales se han convenido un total de cinco presupuestos (Renfrew, 1977; Rice, 1987:192-195) en torno a los cuales las cerámicas viajan, en orden de complejidad ascendente, desde el centro productor hasta llegar a las manos del comprador final, y que ahora intentamos adaptar ligeramente a una realidad histórica del Alto Imperio romano, sobre todo, en las provincias occidentales:

1. El comprador interesado —sin duda del entorno más próximo al asentamiento— entra en contacto directo con el alfarero, garantizando, de un modo más acusado en el caso de las cerámicas finas, la rapidez para reponer su vajilla y evitando, además, los sobrepagos que pudieran generarse por la acción de los intermediarios y el transporte. Ello podría implicar la existencia de pequeñas tiendas vinculadas a los propios talleres salpicando la geografía del barrio artesanal.
2. El alfarero o un miembro del taller viajan hasta el comprador sirviéndose de medios de transporte terrestres e incluso fluviales, pero de alcance limitado. En

- este caso, el artesano o miembros del taller actúan también como vendedores ambulantes.
3. Tanto el productor como el cliente se reúnen en una localización ajena a ambos, bajo el paraguas de mercados y ferias locales. Ahí, a su vez, puede tener lugar la venta a otros mercaderes ambulantes que redistribuyen las mercancías hacia otros lugares.
 4. El taller entrega los bienes a lo que podríamos denominar como un “hombre de negocios” (*mercatores/negotiatores*⁴), incluso como delegados de un comercio a larga distancia. Esta interacción puede realizarse tanto en un lugar de mercado como en el propio centro productor o en sus cercanías. De ahí, los bienes son puestos en circulación por esos mismos comerciantes en establecimientos de mercados de más amplio rango, preferiblemente de carácter regional, o viajan mayores distancias a través de nuevos intermediarios en busca de comercios asentados en lugares de mercado más distantes y alejados.
 5. Los productores de cerámicas redistribuyen a un sitio central que asume la dirección y la ventaja de los intercambios, bajo el control del Estado o sin él.

Es obvio que alrededor de cada una de estas categorías ideales pueden surgir variantes o intervenir factores que han de tenerse en cuenta como indicadores de realidades concretas y circunstancias de tipo socioeconómico particulares. De este modo, ya señalábamos la posibilidad de que a través del acceso directo los precios describiesen una tendencia acusada a la estabilidad evitando las cargas derivadas del transporte de los vasos; en las mismas condiciones, el acto comercial podría complicar otro tipo de bienes por parte del comprador, es decir, transacciones en especie que no serían exclusivas de unidades productivas escasamente desarrolladas en la organización y especialización del trabajo pero, como es natural, más recurrentes en el escenario de los intercambios locales. En esos lugares de mercado de alcance limitado y de difícil contrastación arqueológica debido a la escasa trazabilidad de los intercambios, encontrarían amplia incidencia en el establecimiento de las equivalencias-precio otros factores tales como la aplicación de acabados de mayor complejidad técnica a las piezas, la presencia/ausencia y la alta calidad funcional de las mismas (Rice, 1987:195).

Es interesante comprobar el modo intenso en que vajillas cerámicas como la propia sigillata se extenderán por todos los asentamientos del Imperio, urbanos y rurales, de mayor o menor entidad, a lo que sin duda contribuyó, no sólo el fuerte grado de monetización de la vida, sino también la pervivencia e intensificación de los intercam-

4. Tanto unos como otros, a tenor de lo expuesto en el sintético trabajo de G. García Brosa (1999) centrado en la dualidad historiográfica e histórica *mercator/negotiator*, pudieron entrar a formar parte activa de los mecanismos de distribución de estas vajillas. A pesar de la ambigüedad de los términos y su, en ocasiones, dudoso tratamiento historiográfico, a ambos pudieron separarles matices sociales e ideológicos o de *status* más evidentes a partir de época imperial cuando el volumen de las transacciones y la importancia de los negocios que practicaban se equiparó lo bastante como para dejar de ser un elemento definitorio por sí mismo. Otros trabajos específicos tradicionalmente de referencia sobre esta temática son el de J. Rougé (1966) o el de C. Feuvrier-Prevotat (1981), centrado en la obra de Cicerón y el uso que este demuestra de los vocablos en cuestión.

bios y transacciones menores realizados en especie, en especial mediante los productos excedentarios sin duda resultantes de la difusión e implantación del “engrasado” modelo *villa*; es evidente que este hecho permitirá a amplias capas de la sociedad adquirir vajillas y ajuares “prestigiosos” social y culturalmente significativos.

Con independencia de la naturaleza y los rasgos distintivos que caracterizaron los intercambios de bienes —a través de los cuales tuvo lugar la comercialización del *instrumentum domesticum* en general, y de las cerámicas finas en particular— durante el marco cronológico en consideración, estos acontecieron en todo caso, vehiculados tanto por los mercados y ferias locales/regionales como por el propio desplazamiento de esos bienes a una mayor escala espacial, a larga distancia.

Por una aproximación espacial a la “topografía” antigua o la relación taller-ciudad

Es evidente la necesidad de incidir en el esclarecimiento inequívoco de los términos en que se establece la relación entre el área de actividad y el núcleo urbano. Dicha problemática requiere de nuestra parte una aproximación tal que integre las tres dimensiones —o “topografías”— más significativas en dicho tipo de relaciones. Son: la topografía urbana, la topografía social y la topografía económica. Evidentemente, las dos últimas, de carácter interpretativo, complementan las valoraciones de tipo material y descriptivo que cualifican una realidad urbana determinada.

Más allá de las evidentes implicaciones que pudieran derivarse relativas a las diferentes condiciones de uso del suelo así como de la realidad legal de la estructura territorial del *ager* adscrito a un asentamiento —donde creemos, además, que tienen mucho que ver los modos y estrategias de integración territorial empleados en cada caso por Roma—, a nivel microespacial, a nivel de asentamiento, conceptos como el de *suburbium* y *continentia* (Bedon, 1998) ayudan a sintetizar y caracterizar material, social y económicamente una aglomeración suburbana de las características de la que aquí estudiamos, es decir, dedicada a una producción especializada de cerámicas de carácter artesanal protoindustrial.

En aquellas aglomeraciones producto del desarrollo urbanístico continuado más allá de los límites estrictos del *oppidum* —el centro administrativo-político— pero sin una separación física neta con él, las actividades económicas (Béal y Goyon, 2002) que allí van a tener lugar apuntalan aún más un carácter productor para la ciudad que determinadas tradiciones y escuelas habían negado y desechado durante décadas con la reafirmación de la ciudad consumidora (*vid. supra*). Los matices de tipo jurídico y administrativo ligados a estas nociones no son de menor transcendencia en un espacio considerado de transición en el marco de la relación ciudad-campo (Chevallier, 1998:33).

En cualquier caso, no se trata de una realidad ajena al ámbito surpeninsular si tenemos en cuenta las no pocas referencias existentes en textos normativos municipales en la Bética; la *Lex Irnitana*, la *Lex Flavia Malacitana* o la *Lex Ostipponensis* —datadas en época flavia— recurren a la expresión *continentia aedificia* que C. Nicolet (1987), a cuento de la *Tabula Heraclea*, equiparó con la acepción actual de suburbio. De la lectura y análisis de estas y otras fuentes se han derivado algunas propuestas de zonificación (Arnaud, 1998:80) de los *suburbia* que podrían incluir, por tanto, no

sólo edificaciones de todo tipo⁵ (*continentia aedificia*) sino áreas dedicadas a cultivos arbustivos y ornamentales (*horti*), así como las villas y propiedades agrícolas y ganaderas de las élites locales (*fundi suburbani*). Un factor determinante en la vertebración y localización de dichos espacios serán las vías de comunicación que salen y entran de la ciudad, y las posibilidades de transporte que en ese sentido ofrecerán los cursos de agua (*ibid.*, 77-79).

Una materialidad múltiple es la que caracteriza, en fin, a estos “barrios periféricos” que resultan ser desde el punto de vista de la administración íntimamente dependientes del propio núcleo habitado, pero jurídicamente regidos por las normativas vinculadas al campo.

APROXIMACIÓN A UN CASO DE ESTUDIO EN EL ALTO GUADALQUIVIR

Definición de una geografía productiva

A la hora de identificar, individualizar y definir un marco de estudio, lo hemos querido hacer desde la valoración, en términos geográficos, del grado de desarrollo que se asocia y parece detectarse en la estructura productiva del artesanado de la cerámica en el Alto Guadalquivir con respecto a las regiones adyacentes del Medio y Bajo Guadalquivir, en torno a las áreas turdetana y nuclear púnico-gadirita.

Bastarán dos claros exponentes para ejemplificar el alto peso de este tipo de indicador —el del desarrollo productivo del artesanado en su dimensión espacial— como elemento definitorio de un marco de estudio regional como el que aquí proponemos. Por un lado y en primer lugar, la larga tradición alfarera, más decidida desde fines del siglo IV a.C., en torno al denominado “Círculo del Estrecho”; estos talleres no sólo van a proveer de contenedores para el transporte a las factorías dedicadas a la transformación de alimentos, sino que además abastecen los mercados regionales de cerámicas finas como las tipo Kuass, demostrando una cierta evolución y complejidad de los mecanismos de producción y comercialización de los productos, mucho más apreciable respecto a la producción de ánforas, si bien en este caso vinculada en último término a la transformación de alimentos. El caso de las vajillas tipo Kuass y de los talleres que las producen es aún más significativo en cuanto independientes de una actividad principal que la determine y a la que complemente; con oficinas a un lado y otro del Estrecho, se presenta como una producción de tipo artesanal⁶ pero hasta cierto punto, y muy importante, progresivamente desarrollada y alejada de los parámetros que determinan una producción del mismo tipo —sin ningún rasgo de estandarización, ligada al núcleo familiar, de capacidad productiva y de distribución escasas, con un fuerte

5. Entre los que se pueden precisar, junto a las áreas residenciales de variada extracción social, otras de necrópolis, construcciones de tipo cultural, veáanse santuarios y templos; de tipo económico como *horrea*, puertos fluviales, talleres artesanales; y lúdicos como los anfiteatros, circos y otras estructuras híbridas, todas ellas por excelencia suburbanas.

6. En los términos expresados por J.-P. Morel (1981) para los talleres productores de barnices negros anteriores a la Segunda Guerra Púnica (siglos IV-III a.C.).

carácter estacional, ausencia de especialización del artesano en las distintas fases del ciclo productivo, etc.—, y que podemos considerar como propia de las comunidades protohistóricas del interior o el Alto Guadalquivir hasta que, aproximadamente, tenga lugar el cambio de Era, ya en un contexto político y económico muy diverso.

Todavía en el último cuarto del siglo I a.C., y como un segundo exponente, los talleres productores de las denominadas cerámicas tipo Peñaflor se encuentran —a falta de estudios más profundos—, si no en el mismo, en un peldaño más arriba de la evolución progresiva, tanto productiva como comercial que debe desembocar, con el tiempo en formas de producción y comercialización más complejas. En esta ocasión, el núcleo productivo se focaliza en torno a una amplia región en el curso medio del Guadalquivir, asociado a ciudades tan importantes como *Corduba* (Moreno y Vargas, 2004; Vargas y Moreno, 2004) o *Celti* (Peñaflor) (Martínez, 1989; Keay y Romo, 2000). Lo más destacable, en este sentido, se refiere a la inversión de los flujos de distribución de las vajillas de cerámicas finas, que pasan de remontar limitadamente el Valle del Guadalquivir a descenderlo en sentido contrario y acceder con cierta intensidad a los mercados incluso del otro lado del Estrecho, hacia *Tingis*, a través de estaciones portuarias como *Baelo*. Podemos aceptar sin problemas que tal hecho se encuentra en íntima relación con unos agentes de comercialización más y mejor estructurados que comienzan a servirse del propio Guadalquivir para la distribución de unas vajillas de inspiración itálica de gran aceptación en toda la región. Tal consideración genera, a su vez, fenómenos de imitación o reproducción de las mismas en zonas periféricas del Alto Guadalquivir, dando lugar a series locales como la de Los Villares de Andújar.

Es evidente que, hasta la irrupción definitiva de los talleres isturgitanos en el panorama productivo de la Bética a mediados del siglo I d.C., los modos de organización del artesanado y su producción, junto a los mecanismos y dinámicas de comercialización y distribución de las vajillas cerámicas, han sufrido un desarrollo gradual pero siempre dentro de los parámetros que definen a una actividad de tipo artesanal en los términos que más adelante veremos. Al margen de esta eclosión productiva localizada en los cursos bajo y medio del Guadalquivir parece quedar, hasta iniciado el siglo I d.C., una amplia región “periférica” correspondiente a grandes rasgos con el Alto Guadalquivir.

Romanización y circulación de vajillas cerámicas en el Alto Guadalquivir (siglos III-I a.C.). Datos significativos y síntesis

El replanteamiento durante las últimas décadas del concepto de “romanización”, así como de los parámetros que lo definen, ofrece la posibilidad de contemplar nuevas lecturas alternativas sobre todos aquellos aspectos y manifestaciones que, entendidas como algo más que meras pervivencias⁷ de lo indígena, no terminan de ajustarse al

7. Diversos autores han mostrado sus reticencias al uso del término “pervivencia”, que suele designar a aquello que a pesar del paso del tiempo o las dificultades sobrevive. Sin embargo, en el ámbito en el que comúnmente nos movemos, las manifestaciones que han sido identificadas como pervivencias son elementos que en su transmisión han sufrido una reformulación necesaria para adaptarse a una nueva realidad (Jiménez, 2008:39).

modelo tradicionalmente aceptado, unidireccional y de aculturación que, además, entra en confrontación directa con la aceptada heterogeneidad y tendencia al sincretismo fenomenológico de la propia cultura imperial (Jiménez, 2008:37-39).

Como parte activa del conjunto de fenómenos expuesto a tales desajustes, la cultura material y, en particular, la producción de cerámicas —entendida como proceso productivo complejo, más allá del tipo y su dimensión cronotipológica—, debe permitirnos establecer valoraciones, primero, acerca de la organización del trabajo que la hizo posible para, después, precisar aspectos referidos al carácter de la estructura social subyacente y a las relaciones del hombre consigo mismo y con el medio (Mannoni y Giannichedda, 2004:16) en un marco donde las relaciones culturales parecen haber estado caracterizadas por un proceso de intercambio heterogéneo y bidireccional.

De ahí a las transformaciones que el impacto de Roma, ya desde la conquista, genera en las comunidades indígenas del Alto Guadalquivir, y en la Bética en general, donde manifestaciones como la producción de cerámicas de tradición indígena, consideradas residuales, habían sido observadas de un modo superficial en general (Prieto, 1980:40; Sáez, 1994:467), aunque también incorporadas a estudios específicos de carácter arqueográfico, como en el caso del trabajo de J. M. Abascal (1986). En particular, en el caso de Los Villares de Andújar se ha de destacar el trabajo de C. Choclán (1984) que atiende con valentía a estas producciones antes que el propio J. M. Abascal pusiese el acento sobre ellas. Sin embargo, tal atención no derivó en años sucesivos en interpretaciones y lecturas de tipo histórico que incidiesen en el valor de caracterización de tal indicador⁸, siempre en una posición relativa con respecto a la terra sigillata hispánica (Roca, 1991:230; Roca, 1994:413 y 421). Al mismo tiempo, la aparición de ésta en las *officinae* de Los Villares de Andújar —en la fase inicial de su producción algo posterior a las producciones de tradición indígena, a las paredes finas y a las vajillas de inspiración itálica o tipo peñaflor (Roca, 1994:421; Ruiz Montes, 2004-2005:116-127)—, sí ha sido valorada como un indicador de entidad para calibrar el proceso de romanización y de transformación de las estructuras sociales en la zona (Castro y Gutiérrez, 2001) y, por tanto, con valor histórico.

Con anterioridad, desde el siglo II a.C., la heterogeneidad del proceso, además, implica una disfunción temporal relativa a los ritmos que dinamizan las coyunturas de intercambio cultural que en el ámbito geográfico del Alto Guadalquivir presentan variaciones importantes de tiempo y forma en áreas relativamente cercanas. Así parece desprenderse del tardío acceso por parte de las poblaciones de determinados núcleos a las vajillas importadas de origen itálico, ejemplarizado en el caso de *Isturgi* por la total ausencia de estos productos⁹ en dicha localización hasta ya iniciado el siglo I d.C. No ocurre lo mismo en otros focos que polarizan un ya de por sí escaso acceso y

8. Este y otros índices los incorporamos al discurso a través de dos recientes trabajos (Peinado, 2007; Ruiz Montes, 2007).

9. Hoy día tendemos a pensar que los hallazgos en superficie de cerámicas finas romanas republicanas como Campaniense A en Los Villares de Andújar por parte de M. Ponsich (1987:95), se corresponden en realidad con fragmentos de sigillata hispánica cuyas características físicas (superficies con barnices de tonalidades negruzcas) son el resultado de una cocción deficiente tratándose, por tanto, de descartes de producción.

distribución de aquellos, puede que a través de un flujo desde las zonas costeras en el marco de un comercio de tipo “pasivo”¹⁰ (Principal, 1998:174; Polanyi, 1994:159-160) que se vio intensificado a través del establecimiento de agentes comerciales extranjeros en los núcleos geoestratégicos de primer orden de la región a través de los cuales se garantiza la extracción de los recursos cerealísticos y mineros del Alto Guadalquivir, para iniciar su viaje desde la “periferia” hacia el “centro” (Rowlands *et al.*, 1987); es el caso de *Castulo*, en el distrito minero de Sierra Morena, y *Obulco* en el entorno de la Campiña, donde la presencia de barnices negros itálicos —y púnicos— es la norma ya en el siglo II a.C. (Adroher y López, 2000).

Esta circunstancia, en último extremo, podría explicarse a partir de la adaptación y adopción por parte de Roma de una estrategia de dominación y explotación adecuada a las particulares condiciones de la región (Castro y Gutiérrez, 2001:145). Ello, a su vez, generaría un doble sistema de asentamientos: aquellos vinculados a la aplicación material de dicha política, por tanto agentes de una temprana romanización, y aquellos que quedan al margen de los mismos y que continúan naturalmente un desarrollo propio (Adroher, 1987-1988:192) aunque, como es normal, afectados en cierta medida por tal estrategia y, particularmente, por el tejido coercitivo y de control protagonizado por las *turres* (Carrillo, 1998; Ruiz Montes, 2004-2005:110).

Para entonces los mecanismos que rigen los intercambios se han matizado y desarrollado más allá de los límites contemplados en el modelo ideado por F. Gracia (1995) para la comprensión de las dinámicas comerciales en el arco Norte mediterráneo y que podemos aceptar como válido y aplicable hasta, como mínimo, fines del siglo III a.C. cuando la presencia física bárquida en *Iberia* y en la Alta Andalucía genere una nueva organización del territorio, así como soluciones urbanísticas y arquitectónicas, la instauración de monopolios y sociedades comerciales, el establecimiento de un sistema de tributación y la consiguiente monetización de las comunidades indígenas, entre otros fenómenos. El “circuito interno” (*ibid.*, 327, Cuadro II) aparecerá a partir de entonces fuertemente determinado y dirigido a satisfacer las necesidades imperialistas púnicas —en el contexto del “circuito externo” mediterráneo (*ibid.*, 326)— en lo que ha determinados excedentes se refiere. La red de asentamientos redistribuidores de primer nivel se extiende hacia el interior y en muchos casos los tradicionales intermediarios locales entre la organización económica indígena y la red de establecimientos delegados de la administración bárquida, debieron ser parcialmente suplantados por sociedades de comerciantes extranjeros.

Algunos contextos materiales de uso muestran cómo hacia finales del siglo I a.C. la estructura jerárquica de asentamientos de la Vega Occidental de Jaén aún no se ha integrado de un modo decidido en las dinámicas de adquisición de productos de procedencia mediterránea, sin duda a la espera de la llegada y consolidación de la nueva política viaria (*cura viarum*) impuesta por Augusto a la Bética y en virtud de la cual se invertirán grandes capitales en la construcción y regeneración vial. Se for-

10. Como comercio redistribuidor hacia el interior a partir de la costa y desde enclaves que participan del comercio activo. En éste, el transporte de mercancías queda reservado a elementos ajenos al territorio de destino de las mismas, y que se encargan de hacerlas llegar.

talece así la función principal del Guadalquivir como poderosa herramienta de control administrativo y de unificación política (Chic, 1997:55-58). Hasta que esto ocurra, la vajilla cerámica local incorpora gradualmente formas procedentes en cualquier caso de tradiciones ajenas. Las cerámicas locales grises bruñidas republicanas (*i. e.* Adroher y López, 2000:158-159; Adroher y Caballero, 2008) y las cerámicas tipo Peñaflor (*i. e.* Martínez, 1989; Bustamante y Martín, 2010; Ruiz Montes, en prensa), inspiradas en prototipos itálicos de barniz negro y barniz rojo respectivamente, en una relación de sucesión temporal van a complementar el ajuar propio de fines del período Ibérico Final en las comunidades indígenas de la zona (Ruiz Montes, 2004-2005:119-123).

Pero esta situación parece extenderse a la Campiña a tenor de lo observado en el *oppidum* de Atalayuelas (Ruiz Rodríguez y Molinos, 1993:266, 283; Castro, 1998). Allí tanto las cerámicas grises republicanas como las producciones de cerámicas tipo peñaflor aparecen asociadas en un mismo contexto de fuerte componente indígena vinculado a ritos y sistemas de culto locales (Rueda, 2008). Tal asociación y relación de coetaneidad (*ibid.*, 532, 534) refuerza lo ya apuntado para la perduración¹¹ de las producciones grises republicanas hasta el cambio de Era (Adroher y López, 2000:159); a la vez que confirma lo ya observado en el entorno de la Vega Occidental: la ausencia de vajillas cerámicas importadas —sigillatas itálicas y sudgálicas— para momentos tempranos en las áreas periféricas de los grandes núcleos que capitalizan el proceso de romanización en el Alto Guadalquivir (*vid. supra*).

Dicho contexto, dominado por tanto por las producciones locales, muestra además una difusión regional muy significativa para los primeros productos confeccionados en los talleres de Los Villares de Andújar. Es el caso del conjunto de paredes finas (Rueda, 2008:534-536) cuyas características físicas nos remiten a la producción isturgitana de estos vasos (Ruiz Montes, 2002-2003). Lo mismo ocurre con las cerámicas pintadas de tradición ibérica (Choclán, 1984), bien representadas en el conjunto (Rueda, 2008:511-514).

Por tanto, y a pesar de la escasez de datos y contextos bien definidos en la región, se dibuja, con anterioridad a una fecha en torno al 15 d.C., un panorama caracterizado por una dualidad en términos de acceso o no por parte de las comunidades indígenas a los flujos de circulación de bienes de consumo importados, vajillas cerámicas en concreto. Una situación que se mantendrá hasta que diversos factores de tipo geoeconómico tengan como consecuencia un acusado proceso de democratización de este tipo de vajillas, así como en el establecimiento de las condiciones para la creación y consolidación de talleres productores de cerámicas finas al modo romano en el ámbito de estudio. Centros de actividad que, a su vez, van a tender a buscar gradualmente soluciones organizativas distantes de las vinculadas a la realidad del sustrato productivo local pero, eso sí, fuertemente condicionado por él en diversos aspectos de carácter técnico.

11. En el caso del santuario periurbano de Atalayuelas la presencia de las producciones grises de imitación de barnices negros parece responder a un fenómeno residual y de amortización.

Los Villares de Andújar. Superar el tipo para llegar a los procesos productivos

Cuando M. Sotomayor Muro (1973) dio a conocer al mundo de la Arqueología y de los estudios cerámicos los alfares de Los Villares de Andújar, inició a la vez una línea de trabajo encaminada esencialmente a la clasificación de los materiales que con el desarrollo de las intervenciones se iban recuperando. A la par, la atención inicial observada hacia los hornos se diluye con el tiempo como resultado de un interés circunstancial ligado a una trayectoria profesional concreta, la del propio M. Sotomayor, ya entonces estudioso de este tipo de estructuras (Sotomayor, 1969, 1969-1970, 1997).

En efecto, la ordenación del objeto de estudio se presenta como el primer paso para alcanzar un conocimiento preciso del mismo en el marco de cualquier disciplina académica. En esta línea, la tesis doctoral de M. Roca (1976) supuso la culminación de un trabajo concienzudo sobre los repertorios formales de la sigillata hispánica producida en estos alfares romanos, a la vez que amagaba tímidamente con la introducción en el discurso de aspectos relacionados con el análisis de la producción (técnica, difusión y comercialización...), entendida esta como el conjunto de operaciones necesarias para transformar un bien en otro diferente del primero (Mannoni y Giannichedda, 2004:19).

No obstante, la profundización en el conocimiento del conjunto de las técnicas empleadas para la manufactura de los vasos no ha acompañado desde entonces a la investigación, evidenciándose un fuerte interés por los aspectos más tradicionales del estudio de las cerámicas arqueológicas. En este marco, el estudio de estas cerámicas ha sido considerado, no como el medio, sino como el propio fin de una investigación de carácter, en esencia, tipológico (Orton *et al.*, 1997:21-26; Shepard, 1971). De ese modo va a primar el estudio de la relación de la cerámica y sus tipos¹² con las secuencias estratigráficas, y su distribución espacial vertical dentro de ellas para, a la vez, intentar establecer cronologías de referencia a escala regional (*i.e.* Sotomayor, 1977; Roca, 1976, 1980, 1991-1992; Fernández, 1984, 1986, 1987a, 1987b; Sotomayor, 1982, Choclán, 1984).

Algunos trabajos de síntesis aparecidos a partir de la década de los 90 denotan una nueva intención de abordar el estudio de la organización productiva de las *officinae* de Los Villares a través de los productores de sigillata conocidos. En ningún caso podrán considerarse concluyentes, limitándose al establecimiento de ciertas posibles analogías con lo expresado para los talleres de otras zonas del Imperio (Roca, 1991, 1994) y, por tanto, sin prestar atención a las diferencias culturales sin duda existentes entre espacios tan separados geográficamente. Subyacen en ello las carencias de la información generada a lo largo de los años sobre la “producción”, definida en los términos señalados por T. Mannoni y E. Giannichedda (*vid. supra*).

La superación del concepto tipo implica una necesaria reformulación del objeto arqueológico para considerarlo como un producto del hombre “que queda de la producción y el uso” (Mannoni y Giannichedda, 2004:41) y que convenientemente interrogado puede aportar informaciones diversas.

12. Desde un punto de vista tradicional la noción de “tipo” hace referencia al ejemplo perfecto de un vaso que posee todas las características que lo diferencia de los demás (Contreras, 1984:328).

Se impone, por tanto, una desmitificación y un desplazamiento teórico del objeto definido en la relación del producto con el contexto (marco socioeconómico). Ello, como bien se ha dicho, “conlleva la posibilidad de analizar el hecho tecnológico” del proceso productivo (Ruiz Rodríguez *et al.*, 1986:64, 67), definido este último como el conjunto de elementos, personas y acciones que desempeñan un papel activo en la transformación de las materias en productos o manufacturas con características diversas.

De estas necesidades de reformulación la investigación se ha hecho cargo últimamente avanzando la introducción de nuevos modos de análisis sobre la organización del artesanado en Los Villares de Andújar (Fernández García *et al.*, 2008).

Además, cualquier intento en este sentido inevitablemente pasará por la clara definición espacial y temporal de la interacción en el binomio talleres-*Isturgi*, núcleo urbano este del que depende en última instancia el área productiva de Los Villares de Andújar. Se trataría pues del establecimiento de la relación existente entre un área de actividad como lugar menor en el que se articulan los distintos procesos de trabajo de un ciclo productivo, y una unidad espacial de mayor entidad, la ciudad (Ruiz Rodríguez *et al.*, 1986:68-72).

La importancia de una aproximación de este tipo radica, por tanto, en la capacidad para dar respuesta a las necesidades existentes en la investigación sobre este tipo de establecimientos productivos, sobre sus mecanismos de desarrollo, sus ciclos productivos y técnicos, sobre el carácter del artesanado, es decir, sobre la organización social y económica en torno a la cual se articuló, etc. La comprensión de estos y otros aspectos interrelacionados nos permitirá en Los Villares de Andújar alcanzar un nivel de conocimiento paragonable al ya existente, gracias a una importante tradición, en los grandes talleres productores de vajillas en Italia y, sobre todo, en Francia.

En definitiva, se trata de aportar elementos de juicio y valoración histórica acerca del proceso de romanización en el Alto Guadalquivir y de las transformaciones sociales y económicas que se desencadenan con la llegada de discursos productivos exógenos al ámbito local. Pero también aportar nuevos datos para caracterizar, tanto dicho proceso de contacto, como el desarrollo socioeconómico, en términos de producción y mercado, que identificará a la Bética en el marco general del Imperio romano a lo largo de los siglos I y II d.C. Esto permitirá completar, y seguramente modificar, la visión parcial generada al respecto a partir del estudio de la producción y exportación del aceite bético.

BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica: centros de producción, comercio y tipología*, Madrid.
- ADROHER AUROUX, A. M. (1987-1988): “Cerámica de barniz negro en el Sureste: bases para un análisis geoeconómico”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 12-13, pp. 185-194.
- ADROHER AUROUX, A. M. (1991): *Arqueología y registro cerámico. La cerámica de barniz negro en Andalucía Oriental*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Granada.
- ADROHER AUROUX, A. M. y LÓPEZ MARCOS, A. (2000): “Contextos de barniz negro en la Alta Andalucía entre los siglos II y I a.C.”, *La cerámica de vernís negre dels segles II i I aC: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica*, Mataró, pp. 149-176.
- ARNAUD, P. (1998): “Vers une définition géodynamique des suburbia: Eléments pour une zonation des zones péri-urbaines”, *Caesarodunum XXXII*, pp. 63-81.
- BÉAL, J.-C. y GOYON, G. (2002): *Les artisans dans le ville antique*, Lyon.
- BEDON, R. (1998): “Les faubourgs des villes gallo-romaines: perspective d’ensemble”, *Suburbia: les faubourgs en Gaule romaine et dans le regions voisines* (R. Bedon, ed.), *Caesarodunum XXXII*, Limoges, pp. 9-20.
- BRUHNS, H. (1985): “De Werner Sombart à Max Weber et Moses Finley: la typologie de la ville antique et la question de la ville de consommation”, *L’origine des richesses dépensées dans la ville antique: actes du Colloque organisé à Aix-en-Provence* (Ph. Leveau, ed.), Aix-en-Provence, pp. 255-273.
- CARANDINI, A. (1980): “Roma imperialistica: un caso di sviluppo precapitalistico” *Memoirs of the American Academy at Rome* 36, pp. 11-19
- CARRILLO DÍAZ-PINÉS, J. R. (1998): “*Turres Baeticae*: una reflexión arqueológica”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 10, pp. 33-86.
- CASTRO LÓPEZ, M. (1998): *La Campiña de Jaén (siglos I-II dne). Construcción de un paisaje agrario*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Jaén.
- CASTRO LÓPEZ, M. y GUTIÉRREZ SOLER, L. (2001): “Conquest and Romanization of the valley of Guadalquivir”, *Italy and the West: comparative issues in romanization* (S. Keay y N. Terrenato, eds.), Oxford, pp. 145-160.
- CHEVALLIER, R. (1998): “Problématique de suburbium. L’image de la ville vue de l’extérieur”, *Suburbia: les faubourgs en Gaule romaine et dans le regions voisines* (R. Bedon, ed.), *Caesarodunum XXXII*, Limoges, pp. 21-33.
- CHIC GARCÍA, G. (1997): *Historia económica de la Bética en la época de Augusto*, Sevilla.
- CHIC GARCÍA, G. (2006): “Neuroeconomía: nuevas orientaciones en los estudio de Historia Económica”, *Antig. Crist.* XXIII, pp. 953-963.
- CHOCLÁN SABINA, C. (1984): *Cerámica iberorromana producida en los alfares de los Villares de Andújar (Jaén). Campañas 1981-82*, Memoria de licenciatura inédita.
- CONTRERAS CORTÉS, F. (1984): “Clasificación y tipología en Arqueología. El camino hacia la cuantificación”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9, pp. 327-385.
- DARK, K. (2001): “Proto-industrialization and the Economy of the Roman Empire”, *L’artisanat romain: évolutions, continuités et ruptures (Italie et provinces occidentales)* (M. Polfer, dir.), *Monographies Instrumentum* 20, pp. 19-29.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M.^a I. (1986): “Repertorio temático de la terra sigillata hispánica decorada de Los Villares de Andújar (Jaén)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 11, pp. 355-390.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M.^a I. (1984): “Cuencos decorados en T.S.H. dentro de la producción inicial de Andújar: las formas decoradas hemisféricas”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9, pp. 261-284.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M.^a I. (1987a): “Las primeras generaciones de alfareros del centro de producción de los Villares de Andújar (Jaén)”, *Jornades Internacionals d’Arqueologia Romana (Granollers, 1987)*, Granollers, pp. 482-488.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M.^a I. (1987b): “Algunas observaciones sobre la segunda generación de alfareros de Andújar”, *Societe Française d’Etude de la Céramique Antique en Gaule (Congrés de Caén, 1987)*, Marseille, pp. 131-133.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, M.^a I., RUIZ MONTES, P. y PEINADO ESPINOSA, M.^a V. (2008): “El proyecto Isturgi: reformularse o morir”, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 198, pp. 173-188.

- FEUVRIER-PREVOTAT, C. (1981): “*Negotiator et Mercator dans le discours cicéronien: essai de définition*”, *Dialogues d’Histoire Ancienne* 7, pp. 367-405.
- FINLEY, M. I. (1973): *The Ancient economy*, New York-London.
- GARCÍA BROSA, G. (1999): “Mercatores y negotiatores: ¿simples comerciantes?”, *Pyrenae* 30, pp. 173-190.
- GRACIA ALONSO, F. (1995): “Comercio del vino y estructuras de intercambio en el NE. de la Península Ibérica y Languedoc-Rosellón entre los siglos VII-V a.C.”, *Los orígenes del vino en Occidente* (S. Celestino, ed.), Jerez de la Frontera, pp. 297-33.
- HARRIS, W. V. (1980): “Towards a study of the roman slave trade”, *Memoirs of the American Academy at Rome* 36, pp. 117-118.
- HARRIS, W. V. (1993): “Between archaic and modern: some current problems in the history of the roman economy”, *The inscribed economy. Production and distribution in the Roman empire in the light of instrumentum domesticum* (W. V. Harris, ed.), *Journal of Roman Archaeology* sup. 6, Ann Arbor, pp. 11-29.
- JIMÉNEZ DÍEZ, A. (2008): *Imágenes híbridadas. Una aproximación postcolonialista al estudio de las necrópolis de la Bética*, Anejos de AEspA XLIII, Madrid.
- KEAY, S., y ROMO, A. (2000): “The Ceramics: A Summary”, *Celti. Peñaflores. The archaeology of a hispano-roman town in Baetica* (S. Keay, J. Creighton y J. Remesal, eds.), University of Southampton Department of Archaeology Monograph 2, Oxford, pp. 88-97.
- MANNONI, T. y GIANNICCHEDDA, E. (2004): *Arqueología de la producción*, Barcelona.
- MÁRQUEZ VILLORA, J. C. y MOLINA VIDAL, J. (2001): *El comercio en el territorio de Ilici. Epigrafía, importación de alimentos y relación con mercados mediterráneos*, Salamanca.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, F. (1989): “Las cerámicas béticas de imitación tipo Peñaflores: bases para el estudio de un nuevo grupo cerámico de época altoimperial”, *Boletín Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 26, pp. 60-65.
- MOREL, J.-P. (1981): “La produzione della ceramica campana: Aspetti economici e sociali”, *Società romana e produzione Schiavistica. Mercè, mercati e scambi nel Mediterraneo*, II (A. Giardina y A. Schiavone, dirs.), Roma-Bari, pp. 81-97.
- MORENO ALMENARA, A. y VARGAS CANTOS, S. (2004): “Los hornos romanos de cerámica del Viaducto del Pretorio (Córdoba)”, *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)* (D. Bernal y L. Lagóstena, eds.), BAR International Series 1266, pp. 673-676.
- NICOLET, C. (1987): “La Table d’Heraclée et les origines du cadastre romain”, *L’Urbs: espace urbain et histoire (Ier s. av J.-C. - IIe s. ap. J.-C.)*, *Actes du Colloque International organisé par le CNRS à l’École Française de Rome (Rome, 8-12 mai 1985)*, Roma, pp. 1-25.
- ORTON, C., TYERS, P. y VINCE, A. (1997): *La cerámica en Arqueología*, Barcelona.
- PEINADO ESPINOSA, M. V. (2007): “Introducción al estudio de las cerámicas comunes del alfar de Los Villares de Andújar”, *Cvdas* 5-6, pp. 65-88.
- POLANYI, K. (1957): “The Economy As Instituted Process”, *Trade and Market in the Early Empires. Economies in History and Theory* (K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson, eds.), pp. 243-270.
- POLANYI, K. (1994): *El sustento del hombre*, Barcelona.
- POLANYI, K. (2009): *El sustento del hombre*, Barcelona.
- POLFER, M. (2001): “L’archéologie de l’artisanat et le débat sur la nature de l’économie romaine: quelques réflexions critiques”, *L’artisanat romain: évolutions, continuités et ruptures (Italie et provinces occidentales)* (M. Polfer, dir.), *Monographies Instrumentum* 20, pp. 19-29.
- PONSICH, M. (1987): *Implantation rurale antique sur le bas-Guadalquivir*, T. III, Paris.
- PRIETO ARCINIEGA, A. (1980): “La pervivencia del elemento indígena en la Bética”, *Faventia* 1, vol. 2, pp. 37-46.
- PRINCIPAL PONCE, J. (1998): *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña sur y occidental durante el siglo III aC*, BAR International Series 729, Oxford.
- RENFREW, C. (1977): “Introduction: Production and Exchange in Early Societies, the Evidence of Pottery”, *Pottery and Early Commerce. Characterization and Trade in Roman and Later Ceramics* (D.P.S. Peacock, ed.), London-New York-San Francisco, pp. 1-20.
- RICE, P. M. (1987): *Pottery analysis: a sourcebook*, Chicago.
- ROCA ROUMENS, M. (1976): *Sigillata hispánica producida en Andújar*, Jaén.

- ROCA ROUMENS, M. (1980): "Sigillata importada y nuevas formas en tema sigillata hispánica producidas en Andújar. Puntualizaciones cronológicas referidas a la actividad inicial del alfar", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 5, pp. 237-275.
- ROCA ROUMENS, M. (1991): "Producción y comercialización de la sigillata producida en la Bética", *La Bética en su problemática histórica* (C. González Román, ed.), Granada, pp. 221-235.
- ROCA ROUMENS, M. (1991-1992): "A propósito de ciertas formas en T.S.H., fabricadas en el centro de producción de los villares de Andújar", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 16-17, pp. 389-400.
- ROCA ROUMENS, M. (1994): "Artesanos y producción cerámica en el Alto Guadalquivir", *La sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio* (C. González Román, ed.), Granada, pp. 409-424.
- ROSTOVITZEFF, M. (1957): *The Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford.
- ROUGÉ, J. (1966): *Recherches sur l'Organisation du Commerce Maritime en Méditerranée sous l'Empire Romain*, Paris.
- ROWLANDS, M., LARSEN, M. y KRISTIENSEN, K. (eds.) (1987): *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge.
- RUEDA GALÁN, C. (2008): *Imagen y culto en los territorios iberos: el Alto Guadalquivir (siglos IV a.n.e. - II d.n.e.)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Jaén.
- RUIZ MONTES, P. (2006): "Aproximación a la vajilla bética de paredes finas: el caso de Los Villares de Andújar (Jaén)", *CVDAS* 3-4, pp. 75-84.
- RUIZ MONTES, P. (2007): "Índices de indigenismo y romanización en el complejo artesanal de Los Villares de Andújar (Jaén)", *CVDAS* 5-6, pp. 101-145.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS, M., NOCETE, F., y CASTRO, M. (1986): "Concepto de producto en Arqueología", *Arqueología Espacial* 7, pp. 63-80.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.
- SÁEZ FERNÁNDEZ, P. (1994): "Notas sobre pervivencias del elemento indígena en la Bética romana: cuestiones a debate", *La sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio* (C. González Román, ed.), Granada, pp. 461-493.
- SALLER, R. (2002): "Framing the Debate over Growth in the Ancient Economy", *The Ancient Economy* (W. Scheidel y S. Von Reden, eds.), Edinburgh, pp. 251-269.
- SHEPARD, A. (1971): *Ceramic for the archaeologist*, Washington.
- SOTOMAYOR MURO, M. (1969): "Hornos romanos de ánforas en Algeciras", *X Congreso Nacional de Arqueología (Mahón, Octubre 1967)*, Zaragoza, pp. 389-399.
- SOTOMAYOR MURO, M. (1969-70): "Informe sucinto de la exploración arqueológica realizada en la carretera de El Rinconcillo, en la Bahía de Algeciras", *Noticiario Arqueológico Hispánico* 13-14, pp. 52-57.
- SOTOMAYOR MURO, M. (1973): "Centro de producción de sigillata de Andújar, Jaén", *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*, Zaragoza, pp. 689-698.
- SOTOMAYOR MURO, M. (1977): *Marcas y estilos en la sigillata decorada de Andújar (Jaén)*, Jaén.
- SOTOMAYOR MURO, M. (1997): "Algunas observaciones sobre hornos y excavaciones de alfares romanos", *Figliana Malacitanae. La producción de cerámica romana en los territorios malacitanos*, Málaga, pp. 9-26.
- SOTOMAYOR RODRÍGUEZ, N. (1982): *Cerámica común producida en Andújar*, Memoria de licenciatura inédita.
- VARGAS CANTOS, S. y MORENO ALMENARA, M. (2004): "Nuevas perspectivas para el estudio de la cerámica de imitación tipo Peñaflor en Colonia Patricia Corduba", *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)* (D. Bernal y L. Lagóstena, eds.), BAR International Series 1266, pp. 721-726.